

ALONSO CUETO

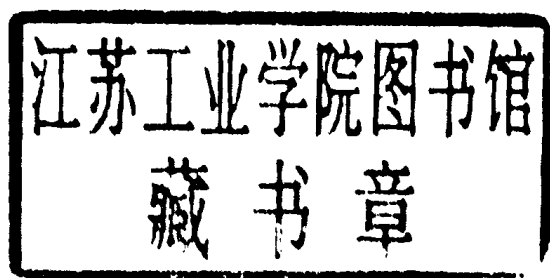
Grandes miradas



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Alonso Cueto

Grandes miradas



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Ilustración de Eduardo Tokeshi / Luz Letts

© Alonso Cueto, 2003, 2005

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2005

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 84-339-6872-6

Depósito Legal: B. 1300-2005

Printed in Spain

Liberduplex, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Grandes miradas

En concordancia con su naturaleza novelesca, los hechos que se narran en este libro pertenecen al ámbito de la ficción. En algunos casos, están inspirados en pasajes de la magnífica biografía *Montesinos. Vida y tiempos de un corruptor*, de Luis Jochamowitz.

A Ernesto de la Jara

*Taking a chance, I think
That's where she must have gone:
Into the artifice of not forgetting
A name and what went on,
When the boys watched and owls
Heard the hammer come down.*

«A Forge in Darkness»,
CHRISTOPHER MIDDLETON

*He had given himself to his Dead and it was
good: this time his Dead would keep him.*

The Altar of the Dead,
HENRY JAMES

Porque llevábamos algo que allí, allá, donde fuera, no tenían; algo que no tienen los habitantes de ninguna ciudad, los establecidos; algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga.

La tumba de Antígona,
MARÍA ZAMBRANO

I

La luz ámbar se acerca, parpadea, pasa por encima. La noche continúa. Gabriela mira de frente, a través de la neblina del vidrio. Postes encorvados, faros rojizos, una delgada línea blanca.

Junta las piernas. El chofer a su lado es una silueta vaga. Delante de ella el viento dobla las ramas, martiriza las hojas, fija una sombra en la vereda. El vértigo horizontal: paredes desolladas, dos hileras luminosas, Kola Real, Mirinda, bocaditos Chipys. El carro acelera, como marchando hacia un abismo.

El chofer frena junto a un microbús. «Trabaja y no envidies», las letras se inclinan hacia la derecha, apuntan al foco resquebrajado, forman una ola entre manchas color óxido. Más arriba, las caras en la ventana de relámpagos la observan desde una distancia congelada, un museo ambulante de la melancolía. Ella golpea el vidrio con la uña toc toc. El microbús avanza, la pista se abre, ¿vas a matar a Montesinos hoy, vas a poder?, ¿alguien sabe, te han descubierto, te están siguiendo? Toc.

No distingue la forma del zapato, mueve las piernas, se repliega en el asiento, lejos del hombre en el timón. Gabriela saca el espejo, se peina. El maquillaje le ha aclarado la piel, le ha fijado los ojos, la pintura cristaliza los labios toc toc.

El mundo va a detenerse. Va a llegar, falta poco para que ocurra, ¿falta poco para que ocurra? El grifo a la derecha, las paredes rendidas, agonizantes de mugre blanda, el poste con la

luz más cruel de todas las calles del mundo: un resplandor que baja como una cuchilla, la sangre amarilla del cemento. Por fin un farol, una fila de tablas, una reja.

El chofer frena. Un guardia incierto se acerca, inclina la cabeza. La luz sesgada de lluvia, un murmullo de lija.

—Viene para el doctor.

—¿Su nombre?

—Es la señorita Celaya.

Un músculo se aplasta en la cara. El guardia abre un espacio del ancho del carro. La fachada, el patio, la manija redonda como un puño. Pisa, endereza las rodillas, alza la cabeza, camina hacia la escalera. Entra en una masa de viento.

Llega a un salón con mesas, un estrado, una barra, una serie de columnas. Tres mozos de saco negro pululan entre las sillas. Gabriela se acerca. Un muchacho —cara triangular, pelo en forma de casco, ojos lánguidos como velas— le señala el corredor. La salsa vibra en un parlante. Hay dos parejas que bailan.

Las manos expeditivas de un tipo que le abre la cartera, tiene brazos de boxeador, le toca la ropa.

—Venga.

Lo sigue hasta otra puerta. Entra a una suite: paredes celestes, bustos blancos, una alfombra granate, vasijas plastificadas, una cama de barrotes amarillos, las hélices redondas de dos caños, una planta colgada.

Se sienta en la cama. Extiende las manos. Mira la puerta. ¿Se abriría pronto? ¿Entraría, la abrazaría, la besaría?

El breve tambor de pasos. La puerta se abre. No es él. No es él.

Lo ve acercarse. El pelo encrespado, la barra sucia de un bigote, una arruga en la tela negra. Recorre el cuarto, toca las cortinas, entra al baño. Hace todo mientras habla por teléfono en voz baja, como un cura que confiesa.

El hombre apaga el celular. Se aparta. No la ha revisado. No la ha revisado. Gabriela lo ve salir.

Espera sentada, columpiando una rodilla. Él aparece. Ter-

no azul, camisa granate, peinado redondo, una mueca risueña. Es él. Es Montesinos.

No puede apartar los ojos. El cráneo húmedo, las mejillas altas, los ojos secos de ofidio, la nariz afilada, la piel de escamas y puntos, el grosor de la sonrisa. Lo ve acercarse, tocarla en la mejilla, decirle mi amor, mi amor, mi amor, mi vida, viniste por fin, ahora sí, vidita. Una camisa con una abertura en forma de V que lo horada, una tela decorada por botones anchos, como medallas, un perfume azucarado. La rodea con los brazos y la besa.

Le insiste con la boca ahogada en la piel, qué linda eres, mi amor, por fin, mi amor, por fin. ¿Y qué hiciste estos días? Cosas del gobierno, siempre las cosas del gobierno, los viajes que me tienen esclavo, oye.

Él se aparta. Se abre el saco, se deshace la corbata. ¿Bailamos? Pone un CD. El piano lento. La voz sudorosa. Él se acerca, la sostiene, se mueve con ella. La música termina.

Gabriela lo toca: el placer viscoso de la tela, el abandono en el hombro, el buceo de la carne tibia. Rendirse, alzarse. Tocarle en la lentitud, en el silencio. Esperar con la dureza de la repugnancia, de la nostalgia, besarle con los ojos impunes. Una mano en el pecho contra el llanto y la otra aferrada en la otra piel. Igualar su energía, prolongar el pacto con su aliento, ponerse la corona de reina.

Baja el brazo. Siente el borde de la navaja.

II

Cinco meses antes

—¿Vas a venir temprano? —dice Gabriela.

La pregunta ya se ha formado, cristalizada en el aire del teléfono; una frase culpable, un gesto de fuerza que la debilita. «No sé todavía», contesta Guido. Ella está a punto de agregar mejor cuídate, yo voy a tu casa, pero él agrega:

—No me siento muy bien. Estoy empezando con la gripe.

—Mejor vete a tu casa. Yo voy y te hago un té con limón.

—De todas maneras voy a verte un ratito, Gaby.

Gabriela cuelga. El susurro de Laura Pausini, la aparición de su madre desde el corredor, quieres que te ayude en algo, hijita, los pasos lentos, la bata de flores derretidas, su pelo, un torrente plateado de fantasma.

—¿Qué haces aquí? Acuéstate.

—Te ayudo.

—Déjame a mí. Yo voy a cocinar.

—Pero...

—Anda, vete a ver tu novela. Yo voy a hacer una sopita. No te preocupes.

Los susurros de la telenovela al otro lado de la pared. Gabriela tapa la olla, limpia y ordena los platos en la mesa, barre el piso. Se sienta a esperarlo.

Por fin, el ruido del timbre, un salto rápido, la salida hacia